

ULLASTRET

IMPRESIONES Y RECUERDOS

Por *LUIS PERICOT*

Fotos *SANS*



Muralla Oeste del recinto.

Ullastret ha proporcionado a mi espíritu grandes goces que han de verse coronados con la próxima inauguración de su modélico museo, a pesar de que va unido a uno de los mayores fracasos de mi vida científica. Pues nunca he podido hallar justificación al hecho de que en mis frecuentes excursiones por las comarcas del bajo Ter no llegase a pisar el cerro de San Andrés ni me diera cuenta de la existencia allí de un magnífico poblado ibérico. Y habiendo tenido la fortuna de encontrar sensacionales yacimientos en diversas regiones españolas, uno de los mejores en mi propio país ha resbalado sobre mi atención sin fijarme en él.

Desde mi adolescencia, los veranos pasados en Torroella de Montgrí se dedicaban a la recogida de especies botánicas para mi herbario, y a partir de 1917 tales excursiones se doblaron con el interés por la Arqueología. Ya en dicho año visité e hice el plano del Cau del Duc. ¡Cuántas veces subí a Llaviá para de aquí seguir hacia Fontanillas y regresar a Torroella! No comprendo como en una de tales excursiones sobre el estanque de Ullastret, no llegase hasta el cerro de San Andrés. Una vez en él, los muros y las cerámicas en el suelo hubieran hecho patente la existencia de un poblado prehistórico.

De manera que fue por los alrededores de 1930 y siendo yo catedrático en la universidad de Valencia, cuando en una de mis visitas a Barcelona empecé a oír hablar a mi colega Serra Rafols del descubrimiento de un poblado prerromano interesante en las inmediaciones de Ullastret. En realidad alguien conoció ya su existencia desde 1901. No fue hasta el día 13 de agosto de 1932 cuando en compañía de mi padre político don Salvador Raurich, visité por vez primera dicho yacimiento. El 3 de septiembre de aquel año, con el profesor Adolfo Schulten, llegado por entonces a Bagur para visitarme, fuimos hasta San Andrés de Ullastret. La visita nos produjo, tanto al profesor Schulten como a mí, una gratísima impresión que nos hizo pensar en la conveniencia de una excavación profunda y metódica. Pero por diversas circunstancias, quienes hubieran podido propulsar la excavación no consiguieron iniciarla y la empresa se retrasó. Vino después la guerra y el paréntesis fue obligado. Durante la misma, mis visitas a Torroella, me permitieron recorrer de nuevo, la comarca en rebusca botánica y arqueológica y visité el cerro de San Andrés, donde cada vez se me hacían más patentes las extensas ruinas y la abundante cerámica.

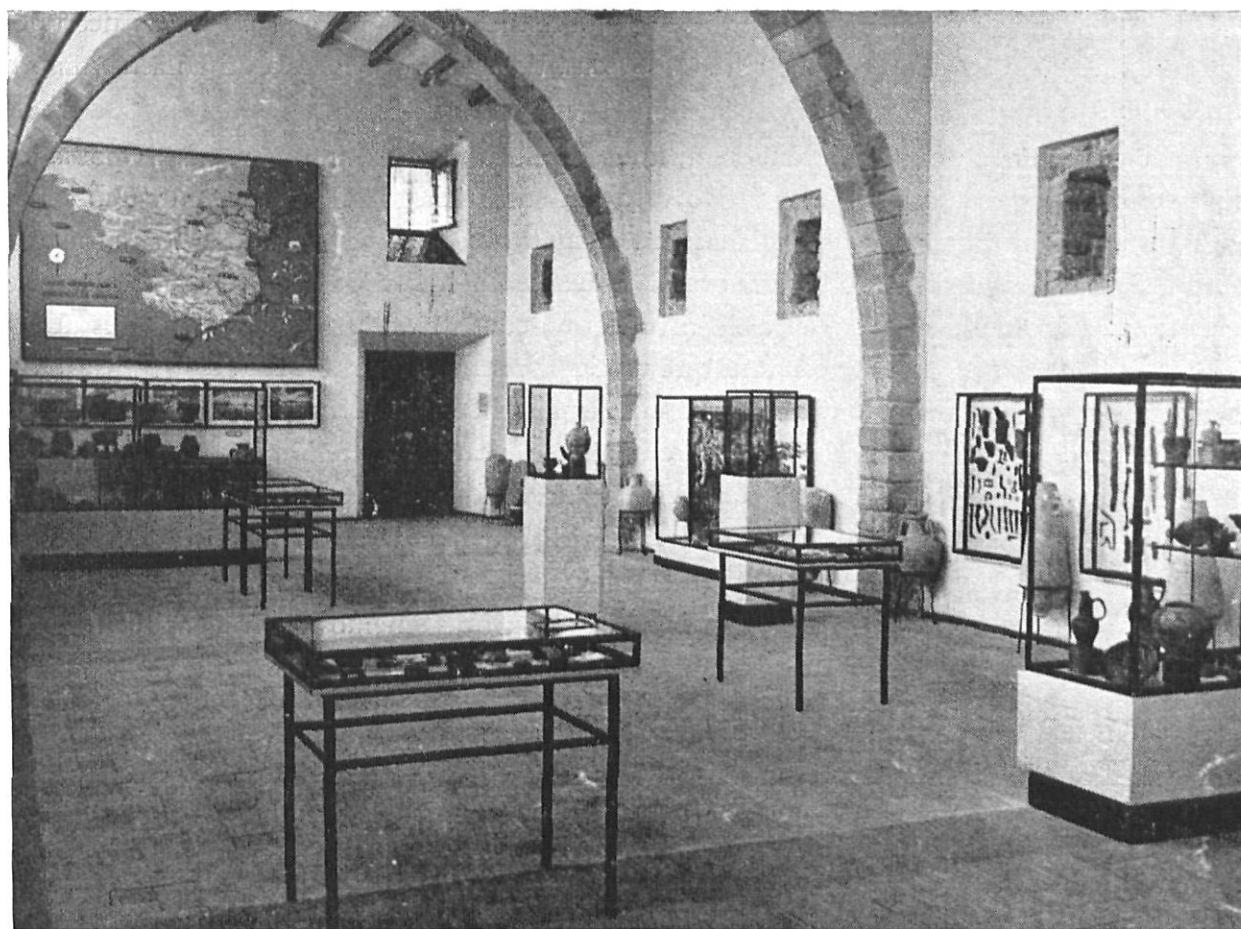
Al término de la guerra, una nueva organización de la Arqueología española permitió concebir esperanzas, que no resultaron fallidas, pues en 1941 fui nombrado Comisario Provincial de Excavaciones arqueológicas en Gerona y pronto pude iniciar la realización de mis proyectos entre los que incluía la excavación del recinto de Ullastret. La Comisaría General de Excavaciones, en la persona de don Julio Martínez Santa Olalla, prestó atención a mi proyecto.

Una dificultad para el mismo era mi dedicación durante los veranos a la Prehistoria levantina. En 1940 volví a excavar el rico poblado de San Miguel de Liria y en 1941 empecé la importante excavación de la cueva de la Cocina. No podía yo renunciar a tan ricos yacimientos que iban abriendo nuevas ventanas al campo de la Prehistoria hispana. Hacía falta encontrar algunos de mis discípulos barceloneses que pudieran dedicarse a los yacimientos de la provincia de Gerona, donde en el otoño de 1940 había excavado el dolmen de Torrent en compañía de don Juan Maluquer de Motes y poco después inicié la colaboración con los colegas de Bañolas en los yacimientos de Serriñá.

Fue entonces cuando apareció en nuestro horizonte un muchacho en plena juventud, excursionista, al que estaba reservada la misión de desentrañar el misterio del despoblado de San Andrés. Recuerdo perfectamente mi primer encuentro con él en las escaleras del puentecillo sobre el Galligans, después de una excursión a San Julián de Ramis. Era, si mi memoria no falla, el día 5 de enero de 1940. Aquel joven, un muchacho todavía, que me fue recomendado especialmente por don Francisco Riuró, quien desde hacía años venía ocupándose de la arqueología gerundense con mucho fruto, quedó pronto adscrito a nuestras campañas en aquellas comarcas. Formaba parte de un grupo de jóvenes de Acción Católica para los que se consiguió un permiso de excavación en varios yacimientos en marzo de 1940. Era además entonces modesto funcionario de la Diputación Provincial. Con él iniciamos en 1944 la excavación del Poblado de Castell «La Fosca» (Palamós) pocos años antes descubierto. Y por fin en noviembre de 1947 dábamos comienzo a la primera campaña de lo que había de revelarse como una gran ciudad ibérica. La campaña formaba parte del Plan Nacional de Excavaciones.

Desde entonces las campañas han sido casi seguidas. Los primeros tiempos la investigación debía ser un poco precaria pues se realizó en terrenos propiedad de particulares y con Oliva tuvimos muchas veces el temor de que nuestros esfuerzos serían baldíos. La comprensión del Ponente de Cultura de la Diputación don Cosme Casas, cambió por completo el panorama. Comprendió la insistencia nuestra y aun la de la Comisaría General, reinterando las subvenciones, significaba que el yacimiento tenía un evidente valor y él fue quien inició la política de compra de los terrenos donde se asentaba el poblado.

Poco a poco Ullastret iba apareciendo cada vez como un fenómeno de mayor importancia dentro del poblamiento prerromano de Cataluña, digno de una labor intensa y sistemática. Cuando tantos yacimientos han tenido una suerte adversa por muy varias circunstancias, Ullastret después de la depredación de sus muros cuyas piedras se utilizaron para la cercana carretera se veía exaltado a la condición de yacimiento atendido y cuidado con esmero. He sido feliz viendo cómo las circunstancias favorables convergían para tal resultado y ayudando con los modestos medios que la Delegación de Zona a partir de 1956 puso en mis manos para la realización de nuestro ideal. Esas circunstancias fueron por un



Interior del Museo de Ullastret.

lado la madurez científica alcanzada por Miguel Oliva, por otro la presencia al frente de la Diputación de D. Juan de Llobet Llavari, hombre lleno de entusiasmo y comprensión por las causas de la cultura. Como los frutos de la gestión de este último están bien patentes en el actual estado de las ruinas de Ullastret, en su organización, accesos y Museo, no he de insistir en este punto a fin de que mis palabras no parezcan aduladoras. En cuanto a Miguel Oliva, con sus estudios universitarios iba formándose su personalidad y mi presencia a su lado en una dirección cada vez más teórica no tenía otro objeto que el que nadie pudiera disputarle lo que en mi ánimo aparecía como empresa suya. Tal como le pronosticamos desde un principio Oliva ha convertido Ullastret en la obra de su vida, aun estando ésta tan llena de múltiples y diversas actividades. Su tesis de licenciatura trató de este tema y al mismo ha de estar dedicada su futura tesis doctoral. Ciertamente que Ullastret requiere acaso un siglo de trabajo y que él no podrá dejar terminada la labor, pero sin duda, y siendo todavía joven, ha de lograr ver resueltos los problemas que hoy nos plantea la vieja cultura y que están lejos de la solución. Así se lo deseamos fervorosamente.

Porque en efecto ¡cuántas cosas ignoramos acerca de la fundación, vida y muerte de aquella ciudad! Ignoramos su nombre, ignoramos la auténtica etnia de sus habitantes, ignoramos incluso su exacta topografía.

Esta última la suponemos en función del estanque que tal vez se hallaba en comunicación con el mar, más próximo de lo que ahora está. En relación con su topografía

queda el problema de la necrópolis y de su emplazamiento. El día que las varias necrópolis con que la ciudad debe contar, sean conocidas, toda la problemática de Ullastret habrá entrado en una fase decisiva.

La cronología se va definiendo con una amplitud desacostumbrada en los poblados «ibéricos», Ullastret abarca desde el siglo VI a comienzos del II a. de C., aproximadamente. Tiempo suficiente para que la ciudad se ensanchara y modificara la disposición de sus murallas como se aprecia muy bien ahora al ponerlas en evidencia. Tiempo también que permitió la deposición de una serie de niveles que constituyen una de los mayores atractivos de estas excavaciones. Pero habrá que afinar esta cronología imprecisa que poseemos. Hacia arriba, por la importancia considerable que tiene el comprobar el momento del comienzo del urbanismo auténtico que las ciudades «ibéricas» representan. En el momento final, para precisar si fueron los cartagineses o fue Catón los que arruinaron la ciudad o si acaso ésta pereció en alguna lucha interna; y también estudios minuciosos nos pueden dar la cronología de las diversas partes de la muralla.

Ullastret es uno de los innumerables casos en que tenemos magníficos restos a los que no podemos dar nombre, en oposición a los nombres que nos dan las fuentes y que no podemos localizar. Cabe siempre la esperanza de que en uno de los textos ibéricos que Ullastret nos da (preciosos tesoros por su relativamente elevada cronología y sus signos de aspecto tartesio) se contenga el nombre prerromano del poblado de San Andrés y que podamos identificarle como a tal.

Es natural que seamos muchos quienes impresionados por la magnitud y riqueza de la ciudad hayamos pensado que sería fascinador que a la ciudad de Ullastret debiera aplicarse el nombre de Cypsela. La topografía no se opone a ello y el señalar su nombre una factoría helénica, repitiendo un topónimo que se da en Grecia y que recuerda a una dinastía de tiranos de Corinto (ciudad de gran importancia comercial y fundadora) se aviene con la abundancia de elementos helénicos en las capas inferiores de la ciudad. Esto ha hecho pensar, a veces, si no se trataría efectivamente de una factoría griega en sus comienzos, de una compañera o, acaso, precursora de Emporion. La hipótesis tendría mayor verosimilitud si pudiéramos comprobar que había comunicación desde el mar hasta Ter adentro y un paso desde este río hasta el bajo Daró y el estanque de Ullastret.

Todo ello es muy hipotético pero sería muy sugestivo que pudiéramos por fin resolver el enigma de Cypsela.

No menores atractivos posee el problema del carácter étnico de los habitantes de Ullastret. Hasta que punto estaban iberizados o celtizados los indígenas descendientes de los primitivos pobladores del Ampurdán, es algo que se nos escapa por ahora.

Si nos fijamos en las monedas y en las inscripciones encontrada hasta el presente, las consideraciones y comentarios serían numerosos. Uno de ellos habrá de versar sobre la relación entre Ullastret y la cercana Undica. Pero no queremos alargar este artículo, que ha de terminar con el deseo y el augurio de más sensacionales hallazgos todavía y la gratitud de quienes hemos puesto nuestra ilusión en que esta gloriosa reliquia se estudiara. Gratitud a la Excma. Diputación de Gerona y, en especial, a su actual Presidente y gratitud al amigo Oliva, a quien deseamos la más certera visión para que nos pueda desentrañar todos los misterios que envuelven todavía esa capital del Bajo Ampurdán prerromano.